

NACE LA NOVELA

En la Inglaterra del siglo XVIII en plena era industrial y coincidiendo con el ascenso de la sociedad burguesa, la novela reemplazó la antigua tradición de los temas colectivos, mitológicos e históricos; las leyendas o novelas de caballería donde el clásico conflicto entre el bien y el mal era el *leitmotiv*. Con el advenimiento del nuevo género, la trama pasa a involucrar personas específicas en circunstancias particulares; el estilo incorpora palabras de uso cotidiano y la vida de la gente común. De los grandilocuentes escenarios de batallas por la Fe o la Nación se pasa a la esfera de lo individual, a la prosa de la vida familiar donde lo privado es el tema central, contribuyendo de esa forma a la consolidación del ideario burgués. Como generalmente escritura y saber caminan juntos al poder, la novela fue fundamental para la consolidación de la sociedad en el Brasil post-independentista: “*La cultura europea daba licencia ideológica para el imperialismo, pero su influencia avasalladora tuvo también el movimiento inverso, es decir, provocó siempre en diferentes grados resistencias y desafíos*” (Telles, 1999:401).

Así, la novela se transformó en un punto de intersección de muchos códigos culturales. Al describir roles sociales, modos de socialización y hasta sentimientos particulares, el universo del discurso novelesco muchas veces incidía socialmente de forma importante: la posibilidad de la voz o voces discordantes fue sin duda la gran innovación. La literatura clásica caracterizada por el monólogo pasó con la novela a ser diálogo entre muchas corrientes de pensamiento, encuentro y desencuentro de ideas. Esa nueva configuración definió el concepto de individuo como lo concebimos contemporáneamente (Accorsi, 2007:178).

Rio de Janeiro, una ciudad con vocación histórica para la cultura, sufrió una transformación acelerada con la llegada de la corte portuguesa. D. João VI, príncipe regente de Portugal, en virtud de la enfermedad mental de la Reina Doña María I, creó la Casa de la Moneda, la Biblioteca Nacional y abrió los

puertos al libre comercio con las naciones amigas (hecho que probablemente fue el camino más rápido para la independencia en 1822). Ese fue el momento clave de transición del Brasil colonial atrasado al centro de inmigración que recibió millares de europeos que trajeron consigo, no solo nuevas técnicas industriales, sino también prácticas culturales diferentes. Esos procesos cambiarían profundamente la estructura social brasilera.

El siglo XIX fue exactamente eso: el encuentro y desencuentro de monarquistas, republicanos, anarquistas, abolicionistas, socialistas, feministas, sufragistas, en fin, el tiempo de las transformaciones profundas.

Desde finales del siglo XVIII, el Brasil colonial vivía un proceso de integración con las transformaciones del mundo occidental. La estructura de la sociedad ya era más compleja y turbulenta, había modificaciones en la base productiva y en el crecimiento demográfico, y la palabra de orden era “*hacerse francés*”, lo que significaba aceptar las ideas e ideales de la Revolución Francesa, con desencuentros apenas en relación a la esclavitud. Francia era el modelo (Telles, 1997:403-4).

La ciudad ya no se veía como la *provincia de ultramar* y sí como una metrópoli. Las nuevas ideas asociadas a las riquezas acumuladas con la explotación del oro en Minas Gerais llevaron el Brasil al *reformismo ilustrado*. La literatura inglesa y francesa era consumida cada vez más. Los barcos venidos de Europa eran esperados ansiosamente y el público lector buscaba en los muelles los últimos libros editados en Londres y París.

Es importante resaltar que la literatura en esa época era privilegio de las clases más favorecidas. Estudiantes y mujeres en las ciudades del Imperio constituían el mayor público lector y figuraban en las novelas como los personajes más representativos (Sodré, 1982:206).

Eran abundantes en las librerías los libros sobre ciencia, historia, filosofía, periódicos y traducciones de novelas inglesas y principalmente francesas: Balzac, George Sand, Dumas padre e hijo, hacían parte del cotidiano de las señoras y señoritas de las familias acomodadas. Las mujeres que anteriormente (según las costumbres moras-portuguesas) solamente salían a la misa

o al mercado siempre acompañadas y dedicaban la mayor parte de su tiempo a bordar, hacer encajes o chismorrear con las esclavas, ya no eran bien vistas. El analfabetismo, antes considerado como esencial a la moral y a las buenas costumbres (pues evitaba los amores secretos a la espalda de la familia), ya no era señal de nobleza. Sin duda, un cambio significativo que elevó la condición de la mujer y creó un público lector numeroso suficiente para alterar el equilibrio del mercado (Hallewell, 1986:87).

El interés era tan evidente que, ya en 1832, la editorial Paula Brito lanzó la primera revista especialmente dirigida a ellas: *La mujer de Simplício o La fluminense exaltada*. Las ediciones siguieron hasta 1846, y su sucesora, *La marmota*, fue publicada de 1849 hasta 1864. Machado de Assis empezó su carrera de escritor publicando en sus páginas. Las novelas, que salían en capítulos, mantenían los lectores en suspenso, principalmente las lectoras, que insistían a sus esposos comprar el periódico bien temprano por la mañana. La curiosidad femenina fue una aliada importante para la consolidación de la novela como género literario en Brasil:

En 1857, tal vez 56, [Alencar] publicó O Guarani en folletín en el Diario de Rio de Janeiro, y aún recuerdo vivamente del entusiasmo que despertó, verdadera novedad emocional, desconocida en esta ciudad tan entregada a las exclusivas preocupaciones con el comercio y la bolsa, entusiasmo particularmente acentuado en los círculos femeninos de la sociedad fina y en el seno de la juventud, entonces mucho más sujeta al simple influjo de la literatura, con exclusión de las exaltaciones de carácter político (...) Cuando a São Paulo llegaba el correo, con muchos días de intervalo, se reunían muchos estudiantes en una "república" en la que hubiera cualquier feliz suscriptor del Diario do Rio, para oír, absortos y sacudidos de vez en cuando por asombro repentino, la lectura hecha en voz alta por alguno de ellos, quien tuviera una voz más fuerte. El periódico era después disputado con impaciencia y por las calles se veía agrupamientos alrededor de las humeantes lámparas de la iluminación pública de antaño. (Visconde de Taunay, apud Ribeiro, 1996:59).

La modernidad ya no era totalmente importada, se hacía literatura *tupiniquim* (término derivado de *tupi*, lengua autóctona brasilera), con la ayuda técnica de editores, librerías y maestros de imprenta franceses que habían llegado a Brasil huyendo de los tiempos conturbados de la Revolución Francesa; ante la amenaza de la guillotina, aún los aires tropicales eran un alivio, un puerto seguro. Gracias a ellos que importaron mano de obra especializada y se aventuraron a invertir su dinero en un mercado todavía incipiente, las editoriales se consolidaron en Rio de Janeiro. La palabra escrita reemplaza las noticias y los rumores que corrían de boca en boca, de tienda en tienda, en cada esquina. La literatura en forma de folletín se consolida dando paso, después de algunos años, a la edición sistemática de libros, con la consecuente apertura de un nuevo mercado.

A partir de la segunda mitad de la década de 1860, B.L. Garnier empieza a publicar obras de ficción, ampliando las perspectivas de la novela en Brasil. Un buen traductor, por ejemplo, ganaba más que un maestro de escuela (profesión prestigiosa por aquellos tiempos). ¡Escribir pasa a ser un oficio serio!

Las mujeres, sin embargo, mucho antes ya lo tomaban en serio. Prueba de ello fue la publicación en 1832 de *Derechos de las mujeres e injusticia de los hombres*, una versión libre de *Vindications for the rights of woman*, de la inglesa Mary Wollstonecraft (1759-1797), elaborada a partir de una publicación en francés, realizada por Nísia Floresta. El libro tuvo dos ediciones más en Porto Alegre, en 1833, y una tercera en Rio, en 1839